

Trabajo final de grado

“El papel de los grupos de referencia en la construcción de la identidad en la adolescencia”

Estudiante: Micaela Oribe

C.I. 4.486.858-5

Docente tutora: Mg. Rossana Blanco

Montevideo, Noviembre 2016

ÍNDICE

Resumen.....	2
---------------------	----------

Introducción.....	3
1- Adolescencia, transformación y crisis	4
La transformación adolescente.....	7
2- Construcción de identidad y crisis identitaria.....	8
Visión de sí mismo - Constitución del yo.....	10
Logro de la identidad.....	12
3- Grupos de referencia.....	14
Ampliación del espectro social.....	14
Concepto de grupos de referencia.....	15
4- Consideraciones finales.....	17
BIBLIOGRAFÍA.....	22

El papel de los grupos de referencia en la construcción de la identidad en la adolescencia

Conceptos claves: adolescencia, construcción de identidad y grupos de referencia

Resumen

Este trabajo se centra en la importancia que cobran los grupos de referencia en la etapa de la adolescencia, y principalmente el papel que juegan en la construcción identitaria de los individuos. Asociando los grupos de referencia a los distintos grupos que la sociedad le ofrece para ser parte en esta etapa. Desde los equipos deportivos, grupos de voluntariado, asociaciones civiles, agrupaciones políticas, grupos de líderes, o cualquier otro grupo conformado por sus pares, pero organizado y con un fin específico, son espacios donde el adolescente ensayará roles para poder definir su identidad adulta.

Considerando la adolescencia con un tiempo de moratoria psicosocial, para que el joven tenga experiencias que le sirvan para probarse y ampliar su inserción social, el trabajo propone analizar estos grupos como espacios de moratoria, que posibilitan que lo haga.

Introducción

Este trabajo pretende analizar cómo en la etapa evolutiva de la adolescencia, donde se asientan las características identitarias de una persona que se acerca a su vida adulta, los grupos de referencia juegan un papel fundamental. El trabajo sustenta que estos grupos participan ayudando a construir los ideales, estableciendo maneras de vincularse, sirviendo como referencia para construir la imagen de sí mismo (teniendo esto una influencia directa en el autoestima), así también como en la construcción de un proyecto de vida.

En esta etapa vital donde hay tantos cambios biológicos y sociales en la vida de los sujetos se vuelve inevitable esta redefinición de la identidad. Autores como Dolto, Blos y Erikson dan cuenta, desde distintas perspectivas, que en la adolescencia sucede una crisis identitaria inevitable, donde el equilibrio y la estabilidad se pierden. Esta pérdida implica para el adolescente gran incertidumbre y lo lleva a una búsqueda de soporte, que ya no encuentra solamente en el ámbito familiar.

Es así que el peso del contexto y del componente social principalmente empiezan a tomar más protagonismo en el desarrollo vital y donde los grupos de los cuales el adolescente decide ser parte se vuelven especialmente significativos en su vida.

Es Carrasco quien utiliza el término grupos de referencia para referirse a los distintos grupos de pares generalmente organizados o institucionalizados de los cuales el adolescente participa de manera voluntaria. Estos grupos a diferencia de los espontáneos, tienen un objetivo específico o un fin.

El foco de este trabajo estará en la relevancia que tienen estos grupos de referencia para cada sujeto en la formación de su persona, debido a que a través de mi experiencia, ya sea personal o desde mi práctica pre-profesional trabajando con adolescentes he podido observar como la identidad, la construcción de sí mismo tiene mucho de lo que el sujeto toma de estos grupos y lo vuelve parte de su vida. Son roles que asume, ideales por los que lucha, decisiones que toma, que lo llevan a formar esa identidad. Con la ayuda de los otros puede darle un sentido a todos estos cambios que está viviendo y empezar a definir quién quiere ser.

Con esta monografía, el objetivo es analizar la etapa de la adolescencia como moratoria psico-social como plantea Erikson (1997), en la que la sociedad le permite al joven un pasaje progresivo a la vida adulta sin esperar de él ni exigirle todavía responsabilidades que corresponden a la vida adulta. Le permitirá un tiempo en el que este podrá construir como ciudadano y como persona. Además contará con espacios donde hacerlo, ya que se podría considerar a estos grupos de referencia como espacios de moratoria. Estos espacios en los cuales a través de los vínculos con sus pares, es posible para el adolescente ensayar maneras de transitar su vida. Todos estos roles y experiencias vividas, así también como los valores y las maneras de vincularse que se diferencian de la vivencia familiar le dan nuevas perspectivas que le permitirán luego discernir qué cosas quiere abandonar y dejar atrás para vivir su vida adulta y cuales seguir manteniendo a largo plazo.

1- Adolescencia, transformación y crisis

Definir este concepto resulta bastante difícil, ya que la adolescencia como etapa evolutiva no siempre existió. El término proviene del verbo latín *adolescere* que significa “crecer” o “desarrollarse”. Anteriormente, el fin de la niñez estaba marcado por ritos de paso que permitían el ingreso a la vida adulta y no por un período de tiempo que permitiera un proceso progresivo. Es en la obra de Rousseau, que aparece una de las primeras definiciones, en la cual es destacada como un segundo nacimiento.

La cuestión cronológica, o sea, entre qué edades está comprendida ha sido siempre una cuestión de debate. Desde una perspectiva biológica, como es el concepto de la OMS (2014), se refiere a la etapa que va desde los 10 a los 19 años de edad, y corresponde a la maduración sexual y reproductiva. Sin embargo, desde otras disciplinas como la psicología según Amorín, si bien coincide en que su inicio está marcado por el comienzo de la pubertad, un hecho biológico, se considera que su duración está pautada por lo cultural. El concepto es una categoría social, y como tal, se vuelve realmente complejo el definir su finalización. Sin embargo, es importante destacar que esta etapa de transición implica una serie de cambios tanto físicos como psicológicos y sociales que finalmente permitirían el ingreso a la vida adulta. Doltó también afirma que su duración es relativa señalando que “*a decir verdad, sus límites son vagos*”, aunque coincide en que “*La adolescencia es el período de pasaje que separa a la infancia de la edad adulta; tiene como centro la pubertad.*” (Doltó, 1995, p. 17)

A su vez, el debate para definir la adolescencia no es solo en cuanto a su duración, sino que es más extenso, ya que, para autores como Amorín, no puede hablarse de adolescencia, sino de adolescencias, debido a que esta etapa es vivida de maneras distintas en las distintas culturas a lo largo del mundo. Incluso tiene diferentes características según los sectores sociales o las sub-culturas, acordes a la realidad socioeconómica y cultural de cada uno. Viviendo en el mundo de hoy en día, diversos factores sociales como la prolongación de los estudios, la dificultad para lograr la independencia económica y la desvalorización del modelo de familia tipo, inciden en que en la actualidad, se pueda considerar que la adolescencia se prolongue para este autor hasta el fin de la década de los 20 años. (Amorín, 2012). Esta perspectiva, si bien cierta en algunos casos para adolescentes de clase media o alta, no es aplicable a los otros sectores de la población en los que la necesidad de empezar a aportar económicamente al hogar se

hace urgente, o cuando existe la responsabilidad de ocuparse de un niño ya sea porque ellos mismos se convierten en padres o por estar a cargo de algún otro familiar. En estos casos se puede reconocer junto con las responsabilidades que tienen estos jóvenes un ingreso forzoso a la adultez.

Lo que plantea Erikson (que no se aplica cuando existe este ingreso forzoso) es que la adolescencia es una moratoria psicosocial: “un período de maduración sexual y cognitiva y sin embargo, una postergación sancionada de compromiso definitivo. Proporciona una relativa libertad para la experimentación de roles”(Erikson,1997, p.79) En este caso la sociedad le otorga un tiempo al adolescente para constituirse, para definir su vida, sin asignarle las responsabilidades de un adulto.

En la misma línea Doltó también plantea como lo social condiciona la manera en que es vivida esta etapa y su duración: “El estado de la adolescencia se prolonga según las proyecciones que los jóvenes reciben de los adultos y según lo que la sociedad les impone como límites de exploración” (Doltó, 2004, p.18) destacando así que solo si la situación social del sujeto y los adultos lo permiten, el adolescente tendrá este tiempo para construirse. Además se puede notar en esta proyección de los adultos la expectativa de que los adolescentes lleguen a ser seres activos que contribuyan con la sociedad.

A pesar del debate, en lo que sí parece haber un consenso es que se le llama adolescencia al período de pasaje de la infancia a la vida adulta, donde el niño dejará de ser completamente protegido y depender del núcleo familiar y se hará paulatinamente más autónomo e independiente. Empieza a poder ejercer su libre albedrío tomando decisiones que definirán su propia vida. Pero esta etapa no es un mero pasaje, sino que es una etapa con características propias y acontecimientos importantes en sí misma. Más allá del crecimiento y la maduración corporal, existe un profundo trabajo psicológico que hará esto posible.

La adolescencia ha sido definida desde distintas perspectivas como crítica y conflictiva. La pubertad como crisis evolutiva es un cambio biológico que conlleva una serie de cambios sociales y psicológicos, que para el niño o la niña que los vive implica dejar atrás la certidumbre y seguridad de la infancia. Carrasco plantea que como crisis evolutiva, es inevitable, esperable y universal como parte natural del desarrollo vital de cada uno de los sujetos.

Doltó (1995) señala que esta etapa de profunda transformación implica que las defensas con las que antes contaba el adolescente ya no le serán suficientes y compara lo que viven en este momento con la pérdida de caparazón de la langosta, estarán expuestos sin defensas hasta poder elaborar otras nuevas. Si bien la autora plantea esta sensación de los adolescentes de no tener control sobre estas pérdidas, no hay una actitud pasiva de impotencia, sino que plantea una actitud activa de construcción de esas nuevas defensas, como una etapa dotada de energía transformadora.

También Urribarri tiene una perspectiva similar, ya que si bien considera que existen pérdidas en esta etapa, no todas son vividas como duelos. A diferencia de otros autores, que destacan lo trágico y lo doloroso de la pérdida, él opta por posicionarse desde un joven que espera el cambio y puede disfrutar del progreso, aunque le resulte conflictivo. Lo anterior no se pierde, sino que es transformado y forma parte de sí de otra manera. En sus palabras: *“Estimo que la fuerza para este tremendo proceso de cambio que es la adolescencia no está centrada en la revivencia y revalencia de lo infantil (en el niño dolido, angustiado, enojado, excitado, etc., que fue) con un duelo casi patológico que va declinando con el tiempo. Sino que está motorizada por la emergencia de lo nuevo, que promueve nuevas configuraciones estructurales, que en algún grado engloban y transforman lo previo, en un arreglo con miras al porvenir, desde la apoyatura brindada por cierta condición narcisista, por una cierta unificación totalizante nueva, diferente (que no se determina ni explica sólo por lo pasado), que hace de por sí gozoso el ser como uno es en ese momento o en relación a cómo será en un futuro muy cercano”.* (Urribarri, 1990, p.805)

La transformación adolescente

- Transformación física

El primer cambio significativo de la adolescencia es el cambio del cuerpo. La pubertad que a nivel biológico implica tanto en niñas como en varones, el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios, cambios hormonales, el crecimiento de vellos, alargamiento de la extremidades, etc. Lo más destacable es que estos cambios son los que permiten la capacidad reproductiva. El cuerpo infantil es dejado atrás para dar paso a un cuerpo similar al de un adulto, en cuanto a apariencia, como en su funcionalidad. Estos cambios conllevan un desequilibrio tanto motor como psicológico para el adolescente, que va a necesitar de una re-estructuración y un trabajo psíquico extenso para el cual será fundamental una actitud activa como antes era mencionada.

Con respecto a ese trabajo, el primero tiene que ver con una adaptación a los cambios corporales que generan para el adolescente no solo en el manejo del mismo en el espacio, sino en cuanto al conflicto que le genera la diferencia entre lo que su cuerpo es físicamente y la imagen que se tiene de él. En esta instancia en general aparece la angustia y la necesidad de reestructurar el esquema corporal, o se corre el riesgo de que se perpetúe su distorsión (Garbarino, M y H, 1990). También es característico de esta etapa la preocupación y valoración de la apariencia física. Los adolescentes transforman su apariencia en general, su manera de vestirse y de peinarse, siguiendo las modas, debido a que les es difícil aceptarse y gustarse con todos estos cambios y por eso buscan gustar a la mirada de los demás (Doltó, 1995).

- Transformación Psíquica

Por otro lado, el cambio corporal también conlleva una reorganización a nivel libidinal. Freud destaca en esta etapa la primacía de lo genital a nivel erógeno. *“Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación definitiva. La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual.”* (Freud, 1905, p.189). Las pulsiones antes parcializadas, se nuclean ahora en la zona genital, al servicio de la función reproductiva. Existe en esta etapa una reedición del complejo de Edipo.

La maduración sexual, señala Blos reactiva las relaciones objetales infantiles. Esta regresión pulsional es parte del desarrollo progresivo de la adolescencia según el autor. Las tendencias incestuosas hacia el progenitor del sexo opuesto generan sentimientos de angustia y culpa, aunque ahora el adolescente cuenta con otros recursos yoicos para enfrentarlos (Blos, 1979). Si en esta re-creación del complejo de Edipo, se logra desinvertir a la figura de los padres, será posible la elección de un objeto de amor exogámico, es decir que logrará encontrarlo fuera del ámbito familiar. *“La regresión adolescente apunta a resolver las dependencias infantiles porque estas son inconciliables con las relaciones objetales adultas y la autonomía del yo”* (Blos, 1979, p.25). A partir de estas nuevas relaciones objetales irá definiendo también su identidad sexual, tan importante para la construcción de la identidad.

Este desprendimiento de los lazos infantiles al abandonar los modelos identificatorios, contribuye junto con los otros cambios sociales, psíquicos y corporales a que el adolescente viva una **crisis identitaria**. Con respecto a esto es importante destacar la

postura de Erikson quien desde una perspectiva evolucionista dice que: *“sólo en la adolescencia el individuo desarrolla realmente los requisitos de crecimiento fisiológico, maduración mental y responsabilidad social que le permiten experimentar y superar la crisis de identidad”* (Erikson, 1974, p. 75). Según este autor los conflictos tanto interiores como exteriores que se presentan en las crisis al ser sorteados con éxito aumentará el sentimiento de unidad, a la vez que asentará a un individuo activamente parte de la sociedad que habrá adoptado valores y una ocupación específica.

2- Construcción de identidad y crisis identitaria

La construcción de la identidad no es un estado estático a alcanzar sino que, es un trabajo que se realiza durante toda la vida. Es un proceso dinámico, que Erikson plantea se desarrolla tanto en lo que él llama el núcleo del individuo, es decir en procesos internos, como en el núcleo de su cultura comunal, es decir vinculado a su entorno. Por lo tanto la identidad es formada basada mayoritariamente en los vínculos intersubjetivos y como lo que surge de ellos es interiorizado por el individuo. Uno es *“diferenciado, igualado y continuado a través y por los otros”* como señalan M y H Garbarino. De manera inconsciente, hay una percepción de cómo uno es percibido que construye la propia visión de sí, esto es así desde el nacimiento.

Definir identidad es una tarea un tanto compleja ya que es un concepto que incluye una amplia diversidad de factores. Erikson plantea la identidad como *“un sentimiento de”*; este sentimiento como tal debe ser no solo una experiencia consciente, sino también una forma de comportarse posiblemente visualizada y un estado interior verificable por la interpretación psicoanalítica. En lo que él llama experiencia consciente estaría incluida la propia percepción de uno mismo y añadiría también la elección de ser. Por otro lado este ser se manifiesta en hechos, en actitudes que los otros pueden ver e interpretar.

Para ampliar y detallar el concepto tomaré la definición de Rother de Hornstein que propone: *“La identidad es imagen y sentimiento. Por un lado es la operación intelectual que describe existencia, pertenencia, actitud corporal; por otro, es un sentimiento, un estado del ser, una experiencia interior que corresponde a un reconocimiento de sí que se modifica con el devenir”*. Si hablamos de identidad como sentimiento de ser, nos vemos obligados entonces a hablar del narcisismo y de las identificaciones.

En la infancia, la identidad infantil se constituye en gran parte, a partir de las identificaciones primarias, por lo tanto, no se puede definir identidad sin definir identificación. Laplanche y Pontalis definen el proceso de identificación como: *“proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones”* (Laplanche y Pontalis, 1983, p.184).

A lo largo de la vida los sujetos invisten distintos objetos con los que a través del proceso de identificación, son incorporados a la personalidad. Freud en su obra “Psicología de las masas y análisis del yo” señala la identificación como primer lazo afectivo y dice también que: *“...la identificación aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como modelo”* (Freud, 1921 p.100).

Esto sucede en la resolución del complejo de Edipo con las figuras parentales, cuando habría una identificación con el padre del mismo sexo. Estas figuras son idealizadas e investidas de una fuerte carga libidinal que tendrá que ser retirada en el período de la adolescencia. Ya en la etapa de Latencia comienzan a surgir otras figuras que ocupan este lugar, sin embargo es en la adolescencia cuando junto con el resurgimiento de las tendencias incestuosas, se vuelve necesaria la separación de estos lazos para encontrar nuevos modelos identificatorios. Autores como M. y R. Rodulfo destacan la necesidad de encontrar estos otros modelos fuera del ámbito familiar afirmando que la clave del proceso adolescente reside en que en términos de energía libidinal, lo extra familiar devenga más importante que lo familiar. (M y R. Rodulfo, 1986). Como mecanismo para lograr la separación de estos vínculos, puede surgir en la adolescencia un rechazo por todo tipo de autoridad o figura adulta asociada a la imagen de los padres. De ahí que exista en muchas sociedades un choque generacional.

Si bien las identificaciones cambian, es necesario el sentimiento de continuidad, de que a pesar de la crisis identitaria hay algo que se mantiene, que de alguna manera se sigue siendo la misma persona. Además la continuidad colaborará con que haya un sentimiento de realidad. Uribarri propone que: *“el joven, en sus oscilaciones regresivo-progresivas, reactualiza y reinscribe su pasado, a partir de las resignificaciones y la remodelación de sus estructuras psíquicas, historiza su vida y le otorga un sentido de continuidad yoica”* (Uribarri, 1990, p.801). Es a través de la remodelación identificatoria que podrá modificar la representación inconsciente de sus padres y buscar nuevas identificaciones. Estas identificaciones se harán visibles en los roles que el adolescente toma, en su apariencia, o en las posturas que asume.

R. y L. Grinberg proponen que la identidad es el resultado del proceso de interrelación de tres vínculos de integración: espacial, temporal y social. El vínculo espacial está asociado por una lado a la integración de las distintas partes del yo, y por otro a la comparación con otros objetos, logrando así la individuación, es decir la separación yo, no-yo. El vínculo temporal se refiere a las distintas representaciones del self a lo largo del tiempo, que le ofrecen una noción de mismidad y de continuidad mencionado anteriormente. Por último el vínculo de integración social implica la relación entre los aspectos del yo y de los objetos externos, a través de los mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva.

Visión de sí mismo - Constitución del yo

En la adolescencia también la dimensión narcisista se ve envuelta en esta reorganización libidinal e identificatoria. El narcisismo infantil, en el cual podemos destacar el sentimiento de omnipotencia y el engrandecimiento del yo (megalogía), está marcado por el vínculo con las figuras parentales y por la visión que estos le devuelven de sí mismo. Esta visión en general no es una visión objetiva, y no le devuelve al niño una perspectiva real de sí mismo con respecto a sus capacidades o habilidades. Son instancias en las que prima el Yo ideal. El narcisismo primario, en el cual el yo es investido, es predecesor del ideal del yo. Esta instancia del yo tiene las funciones de: “la observación de sí, la conciencia moral, la censura onírica y el ejercicio de la principal influencia en la regresión” (Freud, 1921 p.103), es decir que a través de la influencia del entorno y de las figuras parentales y de los que estos consideren valorable, es que el sujeto establecerá valores e ideales por los cuales guiarse y objetivos a los cuales aspirar.

Sin embargo, al salir del núcleo familiar, nuevos vínculos le proporcionan una nueva perspectiva de sí y de la realidad, así también como nuevos criterios de lo que es valorado. La reflexión e interiorización se realizan en base a la observación e inevitable comparación con el mundo externo, que toma protagonismo en la adolescencia. Hay una conciencia de sí que implica un reconocimiento de sus capacidades y limitaciones. En las palabras de Blos: “ en la adolescencia el self ilusorio alimentado por los padres a lo largo de los años de latencia es finalmente rechazado, en un empeño por lograr una definición más adecuada de uno mismo” (Blos, 1979, p.17)

A su vez él encontrará nuevas identificaciones a las cuales aspirar. De allí que surgen nuevos valores a adoptar e ideales a aspirar, que terminarán constituyendo el Ideal del Yo, el cual guiará gran parte de las decisiones de su vida adulta.

Palazzini señala que en el adolescente en esta tarea de resignificación: “se abrirá un interjuego entre la dimensión narcisista y la dimensión relacional, el jugar a ser otro será con otros y estará movido por ideales, ilusiones y fantasías como propiedad de un Yo que empieza a construir su propio proyecto identificadorio”. (Palazzini, 2004, p.4)

También hará que el superyó edípico pierda parte de su poder. Erikson plantea que considerando que el mundo externo se relaciona con la estructura interna, los mandatos y preescipciones de los padres que al internalizarlas se vuelven parte del superyó, pierden preponderancia en su rol, y se buscarán otros líderes, mentores o referentes que proporcionen nuevas pautas para esta instancia del yo. (Erikson, 1997)

Otro factor que tiene que ver con la construcción de la identidad es el autoestima. En base a los puntos antes desarrollados, de la mano de cómo lo ven los otros, también el adolescente construye una valoración de sí. En la adolescencia la inseguridad generada por todos estos cambios lleva a los jóvenes a tener una gran preocupación en torno a su apariencia, ya que sienten que están constantemente siendo juzgados y observados. Esta observación puede ser por parte de la “audiencia imaginaria”, consecuencia del egocentrismo de la etapa o puede ser una observación real del grupo de pares. Mientras que algunos manifiestan en su apariencia esta necesidad de destacar y de transformarse a sí mismos que muchas veces tienen que ver con la necesidad de hacer notar su existencia, otros utilizan la vestimenta o toda la apariencia como defensa, adaptándose a las modas y igualandose para pasar desapercibidos . En cualquiera de los casos se busca gustar al otro, ser aceptado o incluso deseado. Sucede lo mismo con los atributos de la personalidad, que a veces se manifiestan en una actitud exacerbada buscando ser reconocidos por lo otros. Cuando este reconocimiento sucede en general colabora con la afirmación de sí.

Logro de la identidad

A pesar de que como ya fue mencionado hay muchas manera de transitar la adolescencia, sobre el final de esta etapa los sujetos deberían poder haber encontrado y construido una identidad propia. A este logro los distintos autores lo llaman de manera distinta.

Blos que define la etapa como el segundo proceso de individuación, plantea que la innovación estructural yóica es el centro de esta etapa y que estos cambios estructurales que sobreviven la adolescencia se volverán atributos permanentes de la personalidad (Blos, 1979).

Erikson que plantea el ciclo vital separado en estadios, afirma que este 5to estadio se trata de identidad vs la confusión de la identidad. Si bien el autor considera que la confusión de la identidad es una experiencia normativa y necesaria, al final de esta etapa de moratoria psico-social, debería poder ser superada (Erikson, 1997). **El logro de una identidad tiene que ver con la resolución de diversos factores psicosociales, como lo son la definición de identidad psicosexual, la identificación ideológica por la asunción de un conjunto de valores y la elección vocacional.** Allí se plasma la toma de decisiones que empieza a construir el proyecto de vida del sujeto. Para tomar estas decisiones es necesario que exista un **ensayo de roles**, que socialmente pueda probar distintas versiones de sí mismo en interacción con los otros.

A esto se refiere Erikson cuando propone que : “un sentimiento generalizado de identidad produce un acuerdo gradual entre la variedad de autoimágenes cambiantes que fueron experimentadas durante la niñez (y que, durante la adolescencia, pueden ser dramáticamente recapituladas) y las oportunidades de roles que se les ofrecen a los jóvenes para que seleccionen y se comprometan.” (Erikson, 1997, p.77).

A su vez el autor señala que esta etapa tiene una fuerza específica que es la *fidelidad* y que tiene que ver con esta lucha entre la identidad y la confusión de la misma. Este sentimiento de fidelidad se aplica algunas veces a las concepciones ideológicas. Si bien la adopción de una ideología es necesaria en la construcción de la identidad, es frecuente que la identificación excesiva o el fanatismo con ciertas ideas o figuras aparezca en esta etapa. En los casos en los que no hay un logro de la identidad puede notarse esta sobreidentificación, aunque también puede ser que no haya una decisión por parte del sujeto, sino que esté imitando y adoptando ideales de otros (padres o nuevos referentes) pero sin la visión crítica y la opción consciente. Erikson lo define como difusión de la identidad.

Parte de las ideologías se elaboran por identificación y parte por imitación; al emerger como ya se mencionó de la situación libidinal de la primera infancia y se hallan en íntima relación con las actitudes emocionales del adolescente frente a sus padres y a otras personas que lo rodean. Schilder afirma que es innegable que el contexto social del individuo incide sobre su ideología y que esta a su vez puede ser relevante en la fortaleza de los lazos establecidos con los otros.

El autor señala que: *“La ideología puede llegar a ser jerárquicamente más importante que la nacionalidad y el idioma, para el establecimiento de los lazos afectivos entre los individuos dado que cada ideología está enraizada con los cimientos de la identidad. Todos los integrantes de una comunidad ideológica se sienten ‘hermanados’ no sólo por compartir idénticas aspiraciones y luchar solidariamente por concretarlas, sino por ser depositarios de un objeto idealizado común que para cada uno representa su objeto primario amado. Es por ello que toda ideología está tan cargada emocionalmente...”* (Schilder, 1958). Aquí se destaca el rol central que tiene lo social, en esta tarea de definir la identidad, pero particularmente de la importancia de compartir una ideología para sentirse acompañado en este sentimiento de **ser**, con otros que también **son**.

Como ya fue mencionado, es en sus nuevas relaciones intersubjetivas que el adolescente ahora se apoyará para lograr la consolidación yoica. En estos nuevos vínculos intentará encontrar su “proyecto identificador” como lo llama Piera Aulagnier (1988), definiendo el mismo como: **“los enunciados sucesivos por los cuales el sujeto define (para él y para los otros) su anhelo identificador, es decir su ideal.”** (Aulagnier, 1988, p.195). Este proyecto se manifiesta en acciones y decisiones conscientes que se basan en identificaciones inconscientes.

3- Grupos de referencia

Ampliación del espectro social

En esta etapa de transición hay apertura social a nuevos grupos, a otros espacios en donde el adolescente se va a seguir formando e integrándose a la sociedad. En estos nuevos espacios en encontrará nuevos parámetros externos a su realidad familiar que era el centro en la infancia. Blos señala que: *“podemos observar que el nuevo entorno del adolescente, más vasto y de hecho menos familiar, hereda funciones y significados que antaño pertenecieron a la matriz familiar de la niñez, y que en la adolescencia son sometidos a modificación por rechazo parcial o absoluto, transitorio o permanente.”* (Blos, 1979, p.7)

La tarea de servir como referencia que antes cumplía la familia, ahora es trasladada a sus nuevos círculos.

Sus puntos de referencia del mundo exterior ya no son **solo** la figura de sus padres sino que se guía a partir de distintos grupos de pares quienes le dan un marco referencial de lo que se espera de ellos, con quienes se siente más comprendido que en el mundo adulto. No solo comparten una experiencia de crisis con sus inquietudes e inseguridades, sino que también identificaciones e ideales. Son otros jóvenes, que están pasando por algo similar, que le brindan el soporte vincular en el cual basaran mucha de la toma de sus decisiones. Ahora es en ellos en los que encontrará las pautas de comportamiento, los valores, el lugar que ocupa, como es tratado, las maneras de vincularse y otros factores a los que deberá adaptarse. También funcionarán como una alternativa que le permitirá comparar lo que antes vivía en su círculo familiar.

Junto con su progresiva separación del núcleo familiar, es en la adolescencia cuando la libertad de elección del sujeto tiene mayor incidencia en su identidad. Comienza a tomar decisiones propias sobre su proyecto de vida y que podrán disentir o no de lo esperado por su familia. Nuevamente es importante lo que remarca Blos en este aspecto: *“sólo utilizando un entorno social más amplio, como continuación, rechazo o revisión de las pautas familiares habituales, adquiere el adolescente pautas propias estables, duraderas, acordes con su yo, y se convierte en adulto.”* (Blos, 1979 p.8). La libertad de elección tiene que ver con esa continuación, rechazo o revisión, se compara la familia con el nuevo entorno y se empieza a tener una imagen más realista de sus padres y su entorno familiar.

Es a partir de que conoce otras opciones que puede elegir y contrastar, permitiendo así la expansión de su identidad. Rother Hornstein destaca que: *“el grupo adolescente, matriz identificatoria por excelencia, funciona como marco intersubjetivo que sostiene y co-construye subjetividades y muchas veces permite que “lo traumático” no devenga en detención y desestructuración sino en enriquecimiento y mayor complejización psíquica”* (Rother Hornstein, 2006, p.42).

Concepto de grupos de referencia

Carrasco afirma que en las distintas sociedades, los sujetos pasan por varios grupos de referencia y de pertenencia. Para este autor, los vínculos particulares están pautados por factores socioculturales y económicos. Los modelos de relación interpersonales y la valoración de objetos y situaciones, pasan de lo colectivo dominante al sujeto que los interioriza. (Carrasco, 2006)

Con respecto a los grupos de referencia y de pertenencia, Amorín señala: *“son dispositivos sociales en tanto “disponen” los soportes sobre los cuales se va a vivir la situación y la experiencia subjetiva ante hechos y acontecimientos. Se llaman de referencia porque, entre otros aspectos devuelven al sujeto una imagen de sí y de la realidad, y de pertenencia porque el sujeto está inmerso, inserto o participando en esa dinámica grupal y se ha generado un efecto de filiación y afiliación.”* (Amorín, 2012, p. 78)

Como dice el autor los grupos de referencia actúan como un marco, un soporte que les devuelve a los adolescentes una imagen que los construye. Como ya se nombró es en la adolescencia donde el adolescente expande sus círculos sociales y ya no es solo su familia el centro en cuanto a la importancia de los vínculos intersubjetivos.

Los distintos grupos de los cuales puede tomar la imagen de sí quedan contemplados en el concepto de grupos de referencia, que incluye los grupos de pares y los grupos de pertenencia. La decisión de optar por este concepto más amplio recae en el hecho de que a los efectos de la construcción de la identidad, más allá de que distintos grupos fomentarán distintos aspectos de la misma, todos pueden tener efectos en la identidad del adolescente.

También señala Blos que es en estos grupos en los cuales encuentran estímulo, sentido de pertenencia, lealtad, devoción, empatía y resonancia. Es función de estos grupos también, el servir de ensayo con respecto a los roles y las identificaciones. El corte de la dependencia de los vínculos primarios antes mencionados se hace a través de lo que el autor llama experimentación interactiva, que le sirve como práctica para luego establecer relaciones más duraderas. Los sentimientos no solo de incertidumbre, sino de culpa por el quiebre de estos lazos infantiles son compartidos también por los otros adolescentes en estos grupos. Sentirse acompañados en estas vivencias facilitan el pasaje para integrar plenamente la sociedad y colaboran con el proceso de establecer *su identidad social, personal y sexual* en su vida adulta. (Blos, 1979)

Junto con la posibilidad de mayores libertades de esta etapa, hay un mayor acceso del adolescente a distintos ámbitos de la sociedad. Muchos de estos nuevos grupos se caracterizan porque son espacios donde el sujeto elige participar, a diferencia de la familia, que es un círculo social en el cual el sujeto está inmerso quiera o no. En este sentido la independización va de la mano de esta toma de decisiones que el sujeto realiza. La posibilidad de conocer otras maneras de vincularse, otras características de sí, de ver valorado alguno de sus atributos o criticado por alguna de estas características de su

personalidad, de encontrar roles en los que se sienta cómodo, y otros factores más podrán hacerlo optar por evaluar de manera positiva o negativa el ser parte de estos grupos.

Torras señala que el adolescente en esta etapa participa de manera simultánea en varios grupos distintos entre sí, e incluso contradictorios. Cada uno de esos grupos puede permitir que se manifiesten distintas facetas de la personalidad.

4- Consideraciones finales

La posibilidad de que la etapa de la adolescencia sea de moratoria, es decir que la sociedad le permita hacer este pasaje progresivo de la infancia a la vida adulta, en el cual el compromiso y las responsabilidades también se van sumando de manera progresiva, permite considerar a estos grupos como **espacios de moratoria**. Que puedan probar, conocer para después poder optar y definirse, y así mediante el ensayo de roles, ir logrando la definición de elementos identitarios.

Es difícil indicar y medir hasta qué punto las experiencias colectivas definen la identidad propia de cada sujeto, debido a la complejidad de los procesos que la construyen, siendo el resultado del entretrejo de procesos psico sociales, internos y externos. A pesar de ello, creo que es importante poder reconocer en primer lugar, que el fenómeno de la vivencia de grupo de los adolescentes tiene un impacto en la formación yoica ya sea momentánea o a largo plazo, y en segundo lugar que esta puede tener un impacto positivo, es decir, ayudarlos a diferenciarse y encontrar su singularidad o negativo, que no construyan una identidad propia, sino que adopten la del grupo.

De eso se trata esta etapa de moratoria, de darle el tiempo para superar la crisis identitaria; puede que la situación de incertidumbre, inestabilidad y vulnerabilidad generada en la adolescencia, lleve a momentos en los cuales surja en los adolescentes una sobreidentificación con ciertas figuras como héroes que les haga más difícil encontrar una identidad propia. Así mismo es que adoptan fanatismos o ideas absolutas. También en el caso de la moda se puede ver cómo se estereotipan y buscan ser iguales al grupo, en lugar de tender a la singularidad. En su búsqueda de estabilidad, son vulnerables a caer en este tipo de conductas.

Sin embargo, estas conductas no permanecen en la adultez si al transitar la adolescencia pudieron trascenderlas y aplicar una visión crítica y reflexiva sobre ellas (posible gracias a

los avances cognitivos y a la apertura social, de esta etapa). El logro de una identidad dependerá del abandono de estas conductas. Si se mantienen Erikson plantea lo que llama la exclusión de la identidad en la cual la misma es proporcionada únicamente por los otros y predominan las conductas de obediencia e imitación.

En relación al efecto de la experiencia de grupo Torras plantea que hay dos etapas en esta vivencia de lo grupal. En un principio es necesario lograr una identidad compartida por todos los miembros del grupo, a la que llama una identidad de amparo, que al sentir lo mismo que los otros, le da seguridad y fuerza. A partir de esta será posible avanzar a una segunda etapa en la cual las distintas relaciones (adhesivas, confusas, incondicionales, de aprendizaje mutuo, de oposición, de complementariedad), colaboran con la tarea de definir su diferenciación. En estas relaciones, que le devuelven una imagen de sí mismo, y en las dinámicas de grupo y los lugares que ocupa, el adolescente empieza a verse distinto y con sus propias características. Así, “la identidad del grupo podrá matizándose con la identidad de cada uno y en el tejido de este proceso, cada uno irá desarrollando su propia identidad diferenciada.” (Torras, 2002, p.143)

También Palazzini destaca la importancia del sentimiento común de grupo. Propone que el grupo y sus vínculos intersubjetivos generan operaciones comunes, tanto defensivas como de producción, generando así la figura de un **Nosotros**, la cual es investida. La noción de la fuerza constructora de ese Nosotros y de la libertad de acción, se volverán una motivación y una plataforma para *“la acción con sentido, con afecto y con principios”* (Palazzini, 2004)

Doltó por su parte, también comparte la idea de que en los grupos los adolescentes deben equilibrar esta necesidad de ser bastante como el grupo, y ser ellos mismo conservando su singularidad (Doltó, 1995).

Alejandro Klein desde su postura plantea también el carácter tanto progresivo como regresivo de lo que llama la cultura de pares. Lo progresivo tiene que ver con la afirmación identitaria y la seguridad que le da el sentimiento de pertenencia. Lo regresivo con estas identificaciones masivas asociadas a lo narcisista y lo indiscriminado (Klein, 2003).

En el recorrido por la lectura de estos autores se puede reconocer que el análisis del rol de los grupos de pares en esta etapa tiene varias perspectivas a considerar, sin embargo, en el cierre de este trabajo pretendo centrarme en las afiliaciones permanente que toma el adolescente para su proyecto de vida, para quien quiere ser como persona y como ciudadano.

Es cierto que en la adolescencia inevitablemente por el peso del componente social, el adolescente comparte ámbitos de su vida con sus pares, ya sea por ejemplo encontrándose con ellos en las instituciones educativas. Esta es una instancia en donde se ven obligados a estar.

Sin embargo, existen otros grupos de pares en los cuales hay una decisión consciente de participar. Me pareció fundamental el poder analizar cómo ciertos espacios, grupos de referencia organizados o institucionalizados, que se vuelven una opción de participación para los adolescentes, pueden colaborar con el desarrollo de distintos aspectos de su personalidad. Estos aspectos podrán ser tanto potencialidades de su identidad infantil que logran mantenerse y progresar en la identidad adulta o nuevos roles, actitudes, características descubiertas en estos nuevos grupos. Quisiera señalar que este tipo de grupos, a diferencia de los grupos espontáneos que en general lo principal es la compañía de los pares, tienen objetivos y fines específicos, y están pautados con mayor o menor flexibilidad en un tiempo y lugar. Considerando esto, la decisión de formar parte de ellos, que es mucho más consciente y voluntaria, significa un paso más en su creciente proceso de autonomía, y un reconocimiento del propio deseo puesto en juego en una aspiración de ser.

Además del rol fundamental de la figura de los pares, pueden existir en estos grupos otros jóvenes o adultos que cumplan con el rol de moderadores o de líderes, actuando como modelos identificatorios como antes se mencionaba.

Hoy en día las propuestas de espacios de participación para los adolescentes son sumamente diversas y abarcativas. Instituciones tanto públicas como privadas ofrecen proyectos grupales con fines y objetivos para todo tipo de intereses. Así mismo, existen grupos convocados y gestionados por los adolescentes mismo que también nuclea jóvenes con ideales y metas en común. Estas propuestas además de contar con el atractivo de compartir un espacio con sus pares, de tener la oportunidad de crear vínculos, cuenta con la fortaleza de permitirle ensayar roles, crecer en habilidades y capacidades, definir ideales e intereses.

Si bien cada experiencia subjetiva significará para cada adolescente algo distinto se pueden puntualizar algunos ejemplos de cómo estos grupos contribuyen con la construcción de la identidad.

Así los clubes deportivos y principalmente los equipos pueden ser un lugar donde desarrollar habilidades motrices, reforzar el autoestima, encontrar roles de liderazgo, aprender a valorar la constancia y el esfuerzo para lograr las metas. No solo colabora con la adaptación del manejo corporal y la interiorización del nuevo esquema corporal, sino que le permite reconocer mediante la visión de los otros una visión realista de las fortalezas y debilidades.

Los grupos religiosos pueden ayudarlo a desarrollar su espiritualidad, y generar mayor introspección y conciencia de sí. También puede ser un espacio concreto para reflexionar con los otros o exteriorizar su sensibilidad, que es posible que no tenga en el ámbito familiar o que no se sienta cómodo haciéndolo.

Los grupos de participación política pueden motivar el desarrollo ideológico tan importante en la construcción identitaria, a través del conocimiento más profundo y el análisis de la ideas. También la discusión de estas ideas con los otros lo ayudará en la diferenciación y evolución de su pensamiento. Puede ser precedente además de un sentido de ciudadanía activa.

Otros grupos como pueden ser grupos de voluntariado también pueden a colaborar con su inserción comunitaria como miembros activos y desarrollar conciencia social e incluso pueden contribuir con el descubrimiento de una opción vocacional. Realizar desde el voluntariado actividades concretas en las cuales se siente cómodo y aporta a la sociedad desde sus capacidades o potencialidad, pueden ser un paso previo a la elección de una ocupación laboral.

También agrupaciones que tengan que ver con lo artístico y lo musical podrán ayudar a encauzar toda la energía creadora y la cualidad fantasiosa de la etapa.

Estos y otro tipo de espacios similares le otorgan la posibilidad de exteriorizar la necesidad de transformación que surge como respuesta a la falta de control sobre todos los cambios que ellos están viviendo (tanto a nivel del mundo interno como los cambios físicos) plasmandolo en espacios en donde sienten que sí tienen la capacidad de generar cambios, como lo pueden ser los grupos o la sociedad misma. La necesidad de creer en sí mismos y en los otros se manifiesta en la búsqueda de ideales y personas en las que pueda tener fé, busca maneras de vivir su vida a la luz de lo que cree valorable. (Erikson, 1971)

Sumado a esto, en estos espacios las conductas transgresoras características de la etapa, si bien pueden ser vividas con mayor intensidad, también es posible que logren ser encausadas con fines sociales positivos. Un adolescente o joven que cuestiona y aplica una visión crítica a lo establecido puede contribuir y aportar desde una ciudadanía activa. Las sociedades necesitan de esta energía transformadora de los jóvenes y de su visión idealista para su renovación constante.

El grupo de pares elegido, los amigos con los que se rodean y comparten su tiempo y momentos importantes de su vida también contribuyen con la construcción de su yo, en tanto actúan también como marco referencial en cuanto a los valores y maneras de vincularse.

Es en estos espacios donde mayormente el adolescente se construye, rodeado de personas a quienes estima, con las que se identifica y que tienen influencia en él. La visión de sí mismo ahora más realista es posible gracias a estos vínculos, y a la experiencia en estos espacios concretos. Puede descubrirse con la ayuda de la mirada del otro.

Se establece un rumbo, una base para empezar a llevar adelante su vida adulta, vida en la cual el joven haciendo uso de su plena autonomía y capacidad de decisión, trasladará ciertos aspectos que haya encontrado en estos grupos que quiere hacer propios y que trabajó para desarrollar.

Más allá de que esa experiencia de grupo finalice, las huellas que la misma deja en la constitución de quién es como persona se podrá ver de manera manifiesta en su proyecto vital. Encontró motivaciones, pasiones, objetos, a los cuales invistió, dedicó su tiempo y energía a alcanzar ciertos objetivos, conoció nuevas ideas, nuevas maneras de vincularse, pudo probarlas y dejarlas y ahora sí estará listo para asumir el compromiso que implica la vida adulta.

Bibliografía

- Amorín, D (2012) "Apuntes para una posible psicología evolutiva" Montevideo. Psicolibros - Waslala.
- Aulagnier (1988) "La violencia de la interpretación". Buenos Aires. Amorrortu.

- Blos, P (1979). *"La transición adolescente"*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Doltó, F (2004) "La causa de los adolescentes". Buenos Aires. Paidós.
- Doltó, F (1995). "Palabras para adolescentes o el complejo de la langosta". Buenos Aires. Atlántida.
- Erikson, E (1997) "El ciclo vital completado" Barcelona. Paidós.
- Erikson, E (1974) *"Identidad, juventud y crisis"*. Buenos Aires. Paidós.
- Freire de Garbarino, M (1990) *"Adolescencia"*. Montevideo. Roca Viva.
- Freud, S (1921) "Psicología de las masas y análisis del yo". Obras completas. Tomo XVIII. Buenos Aires. Amorrortu.
- Klein, A (2002) *"Imágenes psicoanalíticas y sociales del adolescente. Condiciones de surgimiento de la adolescencia en la modernidad y el disciplinamiento adolescentizante en la posmodernidad."* Montevideo. Psicolibros.
- Klein, A (2003) "Escritos Psicoanalíticos sobre psicoterapia, adolescencia y grupos". Montevideo. Psicolibros - Waslala.
- Laplanche, J; Pontalis, J.B. (1983) "Diccionario de psicoanálisis" Barcelona. Labor.
- Palazzini, L (2004) "El trabajo psíquico en la adolescencia. Avatares de su organización" recuperado en: <http://www.docfoc.com/palazzini-el-trabajo-psiquico-en-la-adolescencia>
- Paidós.
- Torras, E (2002). "Grupos de adolescentes" Cuadernos de psiquiatría y psicoterapia del niño y del adolescente.
- Rother Honrnstein, M (2008). "Adolescencias. Trayectorias turbulentas" Buenos Aires. Paidós.
- Schilder, P (1958) "Psiquiatría y psicoanálisis de hoy". Buenos Aires.
- Urribarri, R. (1990). "Sobre adolescencia, duelo y a posteriori." Rev. de Psicoanálisis, 47, 4: 785-807.